

Mi pueblo y su gente

En ocasiones me han llegado a decir que por qué decido escaparme siempre al pueblo en vacaciones. Que si siempre son los mismos planes, que me tengo que cansar, y frases que van en la misma línea de expresar un sentimiento de aburrimiento por el medio rural.

Pero lo que estas personas no conocen es la sensación de calma que me produce llegar a la que yo considero mi segunda casa. Los reencuentros cada vez que nos reunimos todos, tanto la familia como los amigos; las Navidades y Semana Santa en las que celebramos cada día de fiesta como si fuera la última, porque pese a todo, debido a que seguimos con la rutina del curso, que no nos permite olvidarnos de los agobios del todo, sabemos que tenemos que aprovechar esas chispas de tranquilidad que experimentamos. Y, entonces, por fin, llega el verano, comenzando así las tardes en la piscina jugando a las cartas, las horas en el borde del agua hablando de los cotilleos de la semana, y los cafés por la noche en el bar del pueblo, que siempre acaban con una vuelta para volver a casa. Por no hablar de las fiestas de los pueblos, que sin duda, son las mejores, en las que pueden llegar a suceder las historias más surrealistas y, a la vez, las que más se recuerdan con el paso de los años.

Y que no te intenten convencer de que tu pueblo no es el mejor, porque entonces comienza un debate en el que se ensalza hasta el más mínimo detalle de nuestra casa.



Y es que la gente en los pueblos tiene algo que atrae, que te hace sentir en casa. Ir por la calle y que te pregunten de quién eres, saludar siempre a los vecinos aunque no los conozcas, seguidas de las palabras amables y cercanas de los más mayores al ver a la juventud. Exprimir cada segundo posible con los abuelos, los cuales deberían ser eternos, ir al mercadillo, ayudarles con la compra... esos actos que simplemente demuestran un respeto hacia la tercera edad que en el medio urbano se está perdiendo. Y es una pena.

Doy gracias por tener pueblo, y no solo eso, por haber conocido la vida en el mismo. Porque una parte de mi sabe que siempre tendrá un refugio al que volver cuando necesite desconectar para conseguir volver a conectar.

Y qué suerte.